

CAPÍTULO IX

Sale Cortés de Méjico con setenta hombres.—Llega á Cholula, donde se le reúne Juan Velazquez de Leon con su fuerza.—Continúa Cortés la marcha y encuentra en el camino al padre Olmedo que le entrega una carta de Velazquez.—Llega Gonzalo de Sandoval con sesenta hombres á unirse á Cortés.—Envía Narvaez unos mensajeros á Cortés.—Contestacion de éste á los enviados.—Manda Cortés á Juan Velazquez de Leon á proponer un avenimiento á Narvaez.—Leal conducta que observa.—Cortés se aproxima con su gente á Cempoala.—El padre Olmedo y Juan Velazquez de Leon van á unirse con Cortés en el camino.—Requerimiento de Cortés á Pánfilo de Narvaez.

1520. Era en los primeros dias del mes de Mayo
Mayo. de 1520.

Hacia seis meses que los españoles habian llegado á la corte de Moctezuma.

En el cuartel castellano se notaba un movimiento extraordinario.

Hernan Cortés daba sus últimas instrucciones á Pedro de Alvarado, recomendándole la prudencia y la seguridad del emperador azteca, á quien debia tratar con las altas distinciones debidas á un soberano.

Recomendó á los ciento cuarenta hombres que dejaba de guarnicion, el buen comportamiento con los nativos y la exactitud en el cumplimiento de sus deberes (1).

Los soldados formados para seguirle, se reducian á setenta (2). Eran los mas adictos á Cortés y los mas bizarros del ejército. No llevaban bagajes ni indias para hacer el pan de maíz. Iban armados á la ligera; sin un cañon, sin nada que pudiese detener su marcha. El éxito dependia de la actividad y del arrojo.

Los soldados que quedaban y los que partian se abrazaron; y poco despues, el osado caudillo español, confiando en Dios y en su fortuna, salia al frente de sus setenta intrépidos compañeros.

Moctezuma, queriendo darle una prueba de su particular aprecio, le acompañó hasta las puertas de la ciudad,

(1) En las ediciones modernas de las cartas de Cortés, se ha cometido un error notable. Se dice que el número de soldados que dejó fué quinientos, siendo así que este número es mayor al del ejército con que fué á la capital. En una edicion antigua se dice que dejó con Alvarado ciento cuarenta hombres; y en un documento que contiene las relaciones juradas de algunos testigos respecto del manejo del real quinto por Cortés, se dice que el número de soldados que dejó ascendia á ciento cincuenta.

(2) «E así, me partí aquel mismo dia, dejando la fortaleza muy bien bastecida de maíz y de agua. E con la otra gente que allí tenia, que serian hasta sesenta hombres, seguí mi camino con algunas personas principales de los del dicho Muteczuma.»—Segunda carta de Cortés.

llevado en sus ricas andas y seguido de un séquito numeroso. Pedro de Alvarado, con pretexto de darle guardia de honor al monarca azteca, le escoltó con una fuerza de cien hombres. Allí se despidieron de nuevo con las palabras del mas sincero afecto, abrazándose cordialmente al separarse (1).

Moctezuma volvió á los cuarteles españoles con la misma pompa, mientras Hernan Cortés, acompañado de varias personas de la nobleza azteca, que quisieron ir con él hasta una distancia de algunas leguas, se dirigia á resolver la cuestion mas importante de su vida política.

Al marchar el caudillo español por la calzada de Iztapalapan, que era la misma por donde hacia seis meses entró en la capital, acaso meditaria en las evoluciones de la fortuna. Entonces, aunque con corto ejército, se sentia alentado por la fé, pues iba á combatir por la propagacion del Evangelio. Su muerte hubiera sido gloriosa porque moria por la cruz, y su nombre se habria pronunciado con respeto, como todos los de aquellos que habian perecido por Dios, por la patria y por el rey. Ahora iba á combatir contra hombres de su misma religion y patria. Ahora su muerte se trataria de presentar como castigo de su ambicion, y sobre su nombre acaso se haria recaer la terrible mancha de traidor y de rebelde al monarca. Pero cuales-

(1) Antonio de Herrera supone que salió á acompañarle, porque anhelaba verse libre de los españoles y miraba ya con desagrado á Cortés y á los suyos. No me atreveré á juzgar de si fueron sinceras ó no las demostraciones de Moctezuma; pero lo positivo es que cumplió religiosamente lo que habia ofrecido, permaneciendo siempre en los cuarteles.

quiera que fuesen los pensamientos que ocupaban su mente, se puede asegurar que no bastaban á separarle del plan que habia concebido para luchar contra su rival.

La tropa, comprendiendo como su jefe, que de la prontitud en las operaciones dependia el éxito de la empresa, cruzaba á paso veloz el hermoso valle, sin detenerse á contemplar lo que á su llegada les habia sorprendido y admirado. La estacion era de las mas deliciosas. Una temperatura templada y constante, favorecia al soldado haciéndole menos penosa la agitada marcha. Pronto cruzó la cadena de montañas que, como una formidable muralla, circundan el majestuoso valle; y pasando por entre los dos volcanes coronados de perpétuas nieves, que los nativos reputaban poderosos dioses, empezó á entrar en las deliciosas y cultivadas llanuras de la fértil provincia de Cholula.

Las autoridades de los pueblos por donde el ejército pasaba, le proveian de los víveres necesarios, sin retribucion ninguna. Tenian órden de su emperador para ello, y además sentian satisfaccion en manifestarse generosos con los hombres blancos, á los cuales miraban con cariño y respeto.

Hernan Cortés llegó con rapidez asombrosa á la ciudad de Cholula, donde fué recibido por los gobernantes con demostraciones de singular benevolencia. Grato le fué ver la buena disposicion de sus habitantes en servirle; pero aun superó á la satisfaccion de la excelente recepcion, el encontrar allí al capitán Juan Velazquez de Leon, que le esperaba con ciento veinte soldados de aquellos con que fué enviado á colonizar Goatzacoalco. La alegría de la

tropa fué extraordinaria. Los soldados se abrazaban, contándose mutuamente lo que cada cual habia pasado desde que se separaron, y lo mismo hacia la oficialidad.

El caudillo español, prendado de la lealtad del pundonoroso Juan Velazquez de Leon, se manifestó con él sumamente afectuoso y atento. Hablaron largamente de la conducta que se debía observar antes de llegar á un rompimiento con Narvaez, y el plan de campaña, en caso de ser precisa la lucha.

Hernan Cortés escribió inmediatamente á Gonzalo de Sandoval, diciéndole que saliese de la Villa Rica con todos sus soldados, y marchase á reunirse con él, indicándole la poblacion á donde se dirigia, distante doce leguas de Cempoala.

Poco despues de haber llegado á Cholula, recibió el general español considerable cantidad de gallinas, maíz y otros víveres, que le envió el senado de Tlaxcala. Respecto de los cuatro mil guerreros que habia pedido, le enviaron á decir los senadores, que la república entera estaba dispuesta á combatir á su lado contra cualquiera nacion que le ofendiese; pero que encontraba repugnancia en combatir contra los españoles.

Cortés, que no habia pedido la gente con objeto de hacerla entrar en combate, sino de manifestar que le eran adictos los pueblos, admitió la observacion del senado como justa, y envió á las personas que lo componian algunos regalos con sus embajadores.

Al siguiente dia de haber llegado el general castellano á Cholula, emprendió el ejército su marcha, al mismo paso veloz con que habia salido de Méjico. Despues de cru-

zar las fértiles llanuras, cubiertas de bellísimos maizales y pintorescos caseríos situados en medio de espesas arboledas, continuaron su marcha por entre difíciles senderos, mas poéticos que agradables, donde se encontraban diseminadas algunas frágiles chozas de humildes labradores. A distancia de quince leguas de Cholula, se encontró Hernán Cortés con el padre Fray Bartolomé de Olmedo y otros tres individuos que volvían del campo de Narvaez, á donde, como se dijo, habían sido enviados. El venerable religioso entregó al caudillo castellano una carta que llevaba para él, escrita por el jefe de la nueva expedición. En ella le decía que estaba facultado plenamente por el gobernador de Cuba, Diego Velazquez, para entrar, en su nombre, á gobernar las provincias que habían reconocido al rey de España. Le hacía saber que había nombrado un Ayuntamiento, y le exigía que, sin pérdida de momento y sin excusa, se presentase, con toda su gente, en Cempoala, para obedecer y cumplir como leal vasallo. El padre Olmedo le dió importantes noticias referentes al campamento enemigo. Pintó á Narvaez envanecido con la fuerza que llevaba, y confiado ciegamente en el triunfo contra su rival. Presentó disgustada á la tropa con su jefe, y rodeado á éste de unos cuantos oficiales, llenos de presunción, que se desdeñaban de tomar precauciones contra sus contrarios, que juzgaban impotentes y amilanados.

Describió la situación de la provincia, sufriendo vejaciones del general enviado por Velazquez, y á los habitantes empezando á reconocerle como representante legítimo del soberano de Castilla.

Hernán Cortés, al recibir las anteriores noticias, aceleró mas su marcha.

Los soldados, participando del espíritu emprendedor de su general, caminaban apercebidos para el combate; pero confiando en el triunfo.

Por donde quiera que pasaban, salían los vecinos de los pueblos á obsequiarles con víveres y refrescos.

En una de las aldeas donde hizo alto el ejército para descansar un instante, alcanzó á Cortés el soldado Tovilla, acompañado de doscientos indios con las trescientas lanzas que había pedido al cacique de Chinantla. El jefe español las encontró perfectas; enteramente iguales al modelo que había dado para hacerlas. Tenían dos puntas largas de cobre y de notable resistencia. El soldado Tovilla, que había hecho la guerra en Italia y era diestro en el manejo de las armas, enseñó á sus compañeros el ejercicio de aquella formidable lanza, única con que se podía combatir contra la caballería de Narvaez (1).

La tropa continuó su marcha, prevenida siempre para el combate, llevando alguna gente de descubierta, y dos soldados de toda confianza, que iban siempre á una jornada de distancia, á la vanguardia del ejército (2). Así atravesó el corto ejército los penosos caminos de la cordillera, hasta que empezó á descender hácia las florife-

(1) «Y nos imponía el soldado y nos mostraba á jugar con ellas, y cómo nos habíamos de haber con los de á caballo.»—Bernal Díaz.

(2) «Y nuestros corredores del campo descubriendo, é siempre una jornada adelante dos de nuestros soldados grandes peones, personas de mucha confianza.»—El mismo.

ras llanuras de la tierra caliente, en que pudo caminar con mas confianza.

Cortés se dirigió hácia un pintoresco pueblo, distante doce leguas de Cempoala, donde pensaba establecer su cuartel general. Se llamaba el pueblo Tapanacuetla. Tenia ámplios edificios para alojar la tropa, y estaba situado en medio de cultivadas campiñas. Al dia siguiente llegaba al mismo sitio, para reunirse con su jefe, el valiente Gonzalo de Sandoval, con sesenta soldados útiles, pues los enfermos los habia dejado en un pueblo de indios próximo á la Villa Rica. El refuerzo era de suma importancia, así por la lealtad y decision de los soldados de que se componia, como por las bellas cualidades de su comandante que era, sin duda, uno de los mas cumplidos y valerosos caballeros de aquel ejército de bravos capitanes.

Al mismo tiempo que Hernan Cortés se había dirigido á Tapanacuetla, enviaba Narvaez á su encuentro una embajada compuesta del sacerdote Guevara, de otro eclesiástico, del secretario Andrés de Duero y de otras dos personas que les acompañaban. Los enviados se encontraron con el jefe español cuando éste entraba en la referida poblacion. Andrés de Duero habia sido, como tengo dicho, la persona que mas llegó á influir con Diego Velazquez para que se diese á Cortés el mando de la expedicion, cuando se dispuso en Cuba el desembarco en las playas de la Nueva España. Era hombre de rectos sentimientos, de finos modales y de notable prudencia. El caudillo español, confiando en su rectitud y patriotismo, le habia enviado una carta, como he dicho, con el padre Olmedo. Hernan Cortés se alegró de verle llegar comisionado por Pánfilo de Narvaez. Am-

bos se abrazaron con el afecto de dos antiguos amigos y se manifestaron contentos de verse.

Despues de un rato de conversacion agradable, recordando pasadas tertulias y amigos ausentes, pasaron al objeto que motivaba la entrevista.

Las proposiciones que él y sus compañeros le hicieron de parte de Narvaez, eran ya mas razonables y menos humillantes que lo que se le habia exigido en la carta enviada por su rival con el padre Olmedo. Cierto es que se le pedia que entregase el mando al jefe enviado por Diego Velazquez y que se presentase con toda su gente á prestarle obediencia; pero se le ofrecia, en cambio de su obediencia, los barcos necesarios y los víveres suficientes para que se dirigiese libremente en ellos, con los que quisieran seguirle, al sitio que anhelase. Esta concesion de Narvaez debe creerse que fué arrancada por Andrés de Duero, que no veia otro medio de favorecer á su acosado amigo. Lleno de interés por su suerte, y temiendo que, de no ceder, cayese prisionero y le condujesen aherrojado á la isla de Cuba, se esforzó en persuadirle á que admitiese la proposicion. «La fuerza con que Narvaez cuenta es grande, y la vuestra muy poca;» le dijo: «Los nativos, que antes os obedecian, se han ofrecido á servirle. Luchar contra un ejército muy superior en número, perfectamente abastecido, con mucha artillería y excelentes caballos es buscar la derrota, por muy valientes que sean los soldados que os siguen.» La respuesta de Cortés fué lacónica y resuelta. «Si trae Narvaez alguna orden, que la muestre; la obedeceré en el acto. Si no la presenta, yo y mis compañeros moriremos en servicio